

**EL MUNDO COMO HOGAR DE NOSOTROS (TODOS).  
¿SUEÑO O REALIDAD POSIBLE?  
APUNTES PARA UNA RELACIÓN INTER-CULTURAL\***

**María del Águila Sola Díaz**  
Universidad de Sevilla, España  
aguilasolad@us.es

**Resumen**

El artículo se centra en la dimensión práxica de la intersubjetividad, en el encuentro efectivo y cotidiano con otros sí-mismos mediante el cual esa experiencia intersubjetiva se abre al ámbito del *ethos*, en su doble sentido de morada y de moral. La intención es reflexionar, en el marco establecido por Heidegger con el concepto de habitar el mundo humanamente, sobre la cuestión de si realmente estamos-en-el-mundo o no desde la actitud ontológica de entenderlo como un hogar de todos, no sólo del llamado primer mundo. Tal actitud, que en el artículo se resume en el término Nosotros, se propone como categoría integradora y como llamada a la responsabilidad de todos y cada uno de los seres humanos. En su análisis surgirá el concepto de fusión de horizontes (Gadamer) como diálogo sin fronteras, y también como fenómeno de ósmosis, de mestizaje de culturas.

**Abstract**

The article focuses on the praxical (of praxis) dimension of the intersubjectivity, that is, on the effective and everyday encounter with other selves by means of which this inter-subjective experience is open to the idea of ethos, in its double sense of dwelling and morality. From the framework established by Heidegger with his concept of dwelling the world as human beings, the aim of this article is to think about the question of if we-are-in-the-world (*In-der-Welt-sein*) or not, from the ontological attitude of understanding this world as a home for all of us, not only of the so-called first world. This attitude summed up in the article by the term Nosotros (We) is proposed as a category of integration and as a call for the responsibility of every single human being. From this analysis the concept of fusion of horizons (Gadamer) will emerge as a non-borders dialogue, as well as a phenomenon of osmosis, that is, of cultural mixture.

---

\* Ponencia presentada en el VII Congreso Internacional de Fenomenología, "Interculturalidad y Conflicto", organizado por la Sociedad Española de Fenomenología, en la Universidad de Salamanca (España), los días 28-30 de abril de 2004.

1. El hombre es un ser sí-mismo en-el-mundo, en medio de otros hombres con los que convive en un espacio intersubjetivo. El ámbito de la intersubjetividad marca un Entre, un terreno relacional considerado primordial por buena parte de la filosofía. Husserl, por ejemplo, vincula la intersubjetividad trascendental con la constitución de la objetividad que constituye el Nosotros primordial que abre para cada sujeto el camino hasta la objetividad, tal como se muestra en sus obras: *Meditaciones Cartesianas* y *La crisis de las ciencias europeas y la fenomenología trascendental*. Al pensamiento dialógico le interesó el Entre intersubjetivo desde una perspectiva existencial. Es el caso de Buber, que en *¿Qué es el hombre?*<sup>1</sup> lo señala como el hecho fundamental de la existencia humana. Ahora bien, si determinar la originariedad del ámbito intersubjetivo ha sido y es una cuestión teórica de la filosofía, el encuentro efectivo, cotidiano, que todos realizamos en nuestro mundo de la vida con otros Yo-es, con otros sí-mismos, escapa de la esfera puramente especulativa, aunque precise una teoría de base, para abrirse además a otro ámbito, el del *ethos*, en su doble sentido de morada y de moral. Seguidamente queremos referirnos a esa dimensión práctica de la intersubjetividad, que ya es experiencia dialógica, en la siguiente dirección. Si recordamos el relato sobre Heráclito que Heidegger cita en su *Carta sobre el humanismo*, apreciaremos que el sentido de *ethos* como morada tiene una connotación de hogar, de lugar del mundo de la vida muy grata al pensador de Messkirch, que incluyó en la *Seinsfrage* la pertenencia a un hogar —el del ser—, en cuyo ámbito adquiere sentido la *humanitas* del hombre, frente a la apatridad, a la falta de hogar, al extrañamiento que significa su olvido.

Siguiendo el rastro siempre fructífero de Heidegger podríamos pensar y preguntar, en el marco establecido con el concepto de habitar el mundo humanamente, si realmente estamos-en-el-mundo desde la actitud ontológica, en su modalidad práctica, de entenderlo como *ethos*, como morada, pero como un hogar de todos, no sólo del llamado primer mundo. Que al día

---

<sup>1</sup> Buber, M., *¿Qué es el hombre?*, México, F.C.E., 1974<sup>o</sup>. Cfr. p. 146.

de hoy esto no es así es un hecho constatable. Los filósofos solemos pensar en el mundo como ese lugar donde estamos instalados-arrojados ya, en medio de las cosas, de las circunstancias, pero tal estructura ontológica no implica que el mundo sea un hogar donde todos (hombres, culturas) tengamos un sitio, donde nadie se sienta extraño ni rechazado. Siendo esto así, una tarea que se nos impone es reflexionar sobre las condiciones que habría que establecer para que el mundo, en el que cada vez todo está más a la mano (tecnología, medios de comunicación) y sin embargo en otros aspectos todo está tan lejano (por ejemplo, el diálogo intercultural efectivo), pueda llegar a ser realmente un hogar. Desde los inicios de la modernidad Europa se abrió a otras culturas, en medio de un clima de descubrimiento y colonización, y es precisamente Europa (que entendemos en sentido husserliano como categoría cultural, no geográfica) quien tiene que dar el paso fundamental para transformar el choque de culturas en un diálogo inter-cultural. A nuestro entender uno de los objetivos primordiales de ese diálogo sería lograr lo que Gadamer llama una "interpretación común del mundo". Con ella tal vez se podría eliminar el enfrentamiento actual entre el Yo y el Otro (hombres, culturas) y alcanzar un nuevo punto de partida, que hemos resumido en el término *Nosotros*.

Los pasos que daremos para mostrar nuestra propuesta son los siguientes. En primer lugar deseamos despejar el equívoco de que razón equivale a etnocentrismo y a dominio, para lo cual distinguiremos entre modelos de racionalidad. A partir de ahí intentaremos mostrar la virtualidad de la dimensión del *Nosotros*, que entendemos diferente a *Los Nuestros*. *Nosotros* hace referencia a todos, conjuga todas las personas verbales, imprescindible para un diálogo inter-personal e inter-cultural real, alcanzando una unidad que mantiene en su seno la diferencia irreductible del Yo, del Otro o de culturas. Por el contrario, *Los Nuestros* indica jerarquización y división, particularización y privatización de cuestiones y valores universales, reflejando una mirada etnocéntrica disfrazada de solidaridad utilitarista (por ejemplo en Rorty), que abre un abismo entre lo individual y lo social, dificultando el diálogo inter-cultural.

2. No podemos pensar en razones ontológicas que privilegien a unos hombres frente a otros, sólo razones de poder, de dominio. Algunos sectores de la filosofía han señalado a la razón, a la racionalidad, como una instancia dominadora de suyo, proponiendo como alternativa su debilitación. Por otro lado, es conocida la sentencia: el que sabe tiene el poder. Antigua como el mundo, ha encontrado en la actual sociedad occidental tecnocientífica un suelo fértil donde florecer. Conocimiento, tecnología, poder, dinero. Parece que ése sea el esquema teórico-funcional predominante en la actualidad, un esquema marcadamente óntico. Anclado en tal tiranía tecnocrática, Occidente se dirige al Otro, a la otra cultura no occidental, no europea. Sin embargo, la tecnociencia y el relativismo racional y cultural no son los únicos modos de ejercer la razón, de pensar.

Sabido es que en *La crisis de las ciencias europeas y la fenomenología trascendental*<sup>2</sup> Husserl reservaba a la filosofía y a los filósofos la honorable tarea de ser funcionarios de la humanidad. Para Husserl, la figura espiritual Europa sería el lugar ontológico de la racionalidad, con la esencial misión de ponerla al servicio de la humanidad. Por tanto, desde esta perspectiva la racionalidad no significa dominio sino servicio. Tarea teórica infinita sobre las cosas mismas, infinita porque somos finitos, contingentes y nuestro alcanzar verdades es histórico. También el esquema heideggeriano, pensado (mediante el paso atrás) desde la esencia de la metafísica y de la técnica, nos propone una idea de racionalidad y de hombre que no refleja dominio, como se muestra en la categoría de Habitar (*Wohnen*) humanamente el mundo, con la que su autor ensaya una nueva formulación de la existencia auténtica en el marco de lo *Ereignis*. Tal actitud ontológica va unida a la serenidad (*Gelassenheit*), capaz de establecer una distancia reflexiva con la técnica moderna sin caer en sus redes. Como disposición del pensar, serenidad consiste en renunciar a la voluntad de poder, abandonándose al ser, oyendo su llamada.

Paso atrás, tarea infinita sobre las cosas mismas, nos informan sobre una comprensión de la filosofía de retorno (*Rückgang*) a la raíz, a lo originario, a lo ontológico o trascendental en definitiva, presente actualmente en el

---

<sup>2</sup> Cfr. § 7.

panorama filosófico compartiendo espacio con otras teorías. Se trata de un modelo de racionalidad que escapa tanto del concepto reductor de razón de la última modernidad, perpetuado en la razón científico-técnica, responsable del *pathos* de dominio que injustamente se atribuye a la razón en general, como de la propuesta posmoderna, que vacía de contenido puntales fundamentales de la filosofía —tales como el concepto de verdad—, restándole validez universal y ofreciendo un modelo *light* que no sólo renuncia a enfrentarse ontológicamente a las cosas, sino que rechaza esa actitud como resto metafísico a eliminar. En concreto pensamos en Rorty, que confunde la contingencia, enraizada en la finitud e historicidad del hombre, con un horizonte del pensar particular-privado o léxico último del que es imposible salir científicamente para alcanzar la verdad de los acontecimientos humanos y cuyo modelo declarado es la crítica literaria. Por ello, conceptos fundamentales como verdad, justicia, humanidad, etc., determinantes a la hora de establecer un diálogo inter-cultural, pasan a verse desde una posición etnocéntrica fundamentada en la contingencia, la ironía y la solidaridad, favoreciendo la división de los hombres en Los Nuestros y Ellos.

Por lo dicho, nuestra primera propuesta es que no se puede hablar en general de racionalidad como dominio y etnocentrismo, sino de distintos modelos de razón. La racionalidad, la filosofía, entendida como ciencia que es capaz de alcanzar verdades, es el legado de Europa, su mejor logro. En relación con la cuestión de la inter-culturalidad, que en muchas ocasiones adopta casi la forma de guerra de culturas, necesitamos una filosofía fuerte que sea capaz de afrontar los problemas con originalidad, en remisión a fundamento, una filosofía intrínseca a la praxis humana que dé sentido a la acción. Nosotros hemos señalado un modelo ontológico con el que nos acercamos seguidamente a la cuestión de la relación con el Otro —Otro hombre, Otra cultura—, pues entendemos que la perspectiva ontológica o trascendental de la realidad es la que puede aportar luz sobre nuestro debate. En esta tarea, Gadamer y sus conceptos fundamentales —comprensión, diálogo, fusión de horizontes— pueden sernos de ayuda.

3. Para no hablar en abstracto, partamos de dos análisis concretos y relativamente recientes sobre la situación de la humanidad.

El primero es de Gadamer. En su libro *La herencia de Europa*, señala dos amenazas que sobrevuelan actualmente las condiciones de vida de la humanidad. 1ª) La existencia de un arsenal de armas cuyo empleo significaría un suicidio colectivo de la civilización humana. 2ª) La crisis ecológica, el agotamiento, desertización y devastación de los recursos naturales de nuestra tierra. Para Gadamer no existen alternativas a estas dos amenazas. Sólo un cambio en la dirección de los procesos que ya están en marcha "podrá tal vez hacer posible la supervivencia de todos"<sup>3</sup>. Parece una reflexión oportuna en nuestro aquí y ahora actual, cuando la amenaza mundial del terrorismo requiere no sólo la atención de todos los países sino, lo que es más importante, un acuerdo unánime para tratarlo. Para lograrlo hace falta voluntad de diálogo. ¿Existe esa voluntad, la tienen los países, la tenemos todos? Ésa es la cuestión.

El segundo análisis lo tomamos de Steiner en su obra titulada *Gramáticas de la creación*. Allí señala<sup>4</sup> la actual coexistencia en el espacio y en el tiempo de la superabundancia occidental con el hambre, la miseria y la mortalidad infantil que se abate sobre 3/5 partes de la humanidad, mostrando al siglo XX desde el contraste absurdo entre la riqueza disponible y la miseria efectiva. Ello le lleva a interpretar que hay un retroceso en la evolución humana que denomina bestialización, representado en la *Metamorfosis* de Kafka, que él ve como la fábula de la modernidad.

Acudamos ahora a Heidegger y su concepción de Habitar humanamente el mundo. Habitar (*wohnen*), según se dibuja en el artículo "Construir, habitar, pensar"<sup>5</sup>, significa cuidar (*schonen*), mirar por la cuaternidad, por la unidad originaria de tierra, cielo, dioses y mortales, las cuatro regiones de ser (que Heidegger llama mundo) en las que se despliega *das Ereignis*. Ello quiere decir: no devastar la tierra y renunciar a su explotación brutal, vivir a un ritmo cósmico, esperar a los divinos como los otorgadores de medida

<sup>3</sup> Gadamer, H. G., *La herencia de Europa*, Barcelona, Península, 1990. Cfr. p. 22.

<sup>4</sup> Steiner, G., *Gramáticas de la creación*, Madrid, Siruela, 2001. Cfr. pp. 14s.

<sup>5</sup> Heidegger, M., "Construir, habitar, pensar", en *Conferencias y artículos*, Barcelona, Serbal, 1994. Cfr. pp. 130ss.

para el habitar del hombre y en último lugar, estar a la muerte. Esta propuesta acerca a Heidegger a una concepción de la existencia, de habitar en el mundo o de vivir conforme a una actitud ontológica, que podríamos llamar ecológica y que hunde sus raíces en el dejar ser al ente, dejar ser a la cosa. También Gadamer se ha hecho cargo en cierta medida de esta concepción al señalar que la naturaleza no es un simple objeto para la explotación, sino que es el Otro con el cual convivimos<sup>6</sup>.

Ahora bien, ¿es vivible la propuesta de Heidegger? En lo fundamental creemos que sí. Pese a que él mismo no se ocupó ni de la experiencia intersubjetiva ni de la dialógica, pensamos que la categoría de Habitar delinea un modo de estar-en-el-mundo de respeto hacia lo Otro, aunque sólo sea dicho así en general. No obstante, dejar ser a la cosa, al ente, abarca todas las regiones de ser y por tanto, al hombre y a los Otros hombres, además de a la naturaleza, aunque Heidegger mismo no lo señalara. Antropológicamente, dejar ser implica aceptar al Otro, a lo Otro que tenemos enfrente, Otro hombre, Otra cultura, sin sustituirlo, manteniéndole en su alteridad y en su ser sí-mismo. Frente a Heidegger, Gadamer sí analizó el tema del Otro, completando en este sentido a su maestro. El Otro (persona o texto humano) conforma el cimiento de la hermenéutica universal gadameriana, como sabemos.

Tenemos pues, dos análisis sobre la situación actual y una propuesta desde Heidegger sobre cómo Habitar el mundo. En medio de ellas e impregnándose de toda su problemática, se encuentra la relación entre las distintas culturas. En este punto preferimos hablar de inter-culturalidad y no de multi-culturalismo, ya que pensamos que este último intenta igualar las culturas relativizándolas, lo que en la práctica se traduce en una concepción rígida o restringida del hecho real de la pluralidad cultural que lleva a que cada uno se retraiga a su propia cultura.

Está claro que actualmente vivimos una situación crítica en el imprescindible diálogo inter-cultural. En esta situación, que tal vez Jaspers calificara de límite, pensamos que es más adecuado hablar de Nosotros que del Yo, e incluso del Otro. ¿Por qué Nosotros? En primer lugar por una razón tal vez

---

<sup>6</sup> Op. cit., p. 36.

sociológica, a saber, porque somos todos Nosotros, los hombres, los que encontraremos la solución o nos hundiremos. Todos. Seguramente, el mundo pobre antes, pero después el mundo rico. La segunda razón tiene un carácter netamente filosófico. Porque Nosotros alude a una perspectiva de unidad sin que ello implique, a nuestro juicio, la eliminación de la(s) diferencia(s). Unidad que supera conteniendo los dos polos: el Yo y el Otro; unidad que los asume en su diferencialidad. Los hombres somos iguales y al mismo tiempo diferentes; también las culturas. Y esa diferencia es importante mantenerla pues es una fuente de riqueza. Sólo si creemos en la validez de la perspectiva de Nosotros podremos conseguir, en nuestra opinión, que el mundo sea realmente un hogar.

Hay en Gadamer una tesis que avala nuestra posición. En su artículo "Lenguaje y comprensión"<sup>7</sup>, tras subrayar que el fenómeno de la comprensión es lingüístico, señala las características de qué sea hablar. Hablar no es primariamente discutir, ni no entenderse, sino poner de manifiesto un aspecto común de lo hablado. La verdadera realidad de la comunicación humana consiste en que el diálogo no impone la opinión de uno contra la de otro ni las agrega a modo de suma, sino que las transforma. Un diálogo logrado, puntualiza Gadamer, hace que "ya no se pueda recaer en el disenso que lo puso en marcha". Por tanto, la coincidencia que no es ya mi opinión ni la tuya, sino "una interpretación común del mundo, posibilita la solidaridad moral y social". Nuestra vida social descansa en que la conversación, en su sentido más amplio, "deshace el bloqueo producido por el aferramiento a las propias opiniones". Como vemos se trata de una aplicación del concepto de fusión de horizontes.

Pensamos que Gadamer está señalando un punto clave, nos está dando una pista importante. No se trata de que todos pensemos igual. Eso es imposible e indeseable. Pero en cuestiones fundamentales sí creemos que debe haber una interpretación común del mundo que supere el bloqueo producido por el aferramiento a las propias opiniones. Aquí es donde entra en juego la perspectiva del Nosotros.

---

<sup>7</sup> Gadamer, H. G., "Lenguaje y comprensión", en *Verdad y Método II*, Salamanca, Sígueme, 1994<sup>2</sup>. Cfr. p. 185.



4. Antes de ahondar nuestra propuesta, descartemos de qué no estamos hablando.

En primer lugar, no pensamos en Nosotros como una configuración anónima y totalitaria (tales como la Historia hegeliana, la Humanidad comunitaria o la Sociedad de Durkheim) que esté a la base del Yo, quitándole a éste la responsabilidad y libertad de la donación de sentido. No pensamos en una sustitución del Yo, o mejor de la persona, por una categoría abstracta y anónima. Lo que queremos significar con Nosotros es precisamente una llamada a la responsabilidad de todos y cada uno, porque sólo la acción de todos los hombres será capaz de transformar el modo actual de convivir.

En segundo lugar, tampoco Nosotros debe entenderse como sinónimo de Uno de Nosotros, concepto que vemos equivalente al de Los Nuestros, por contraposición a Ellos, como ocurre en Rorty al aplicar la solidaridad<sup>8</sup>. Por ejemplo, este autor describe la situación de desesperanza y miseria infinitas de la vida de los jóvenes negros en las ciudades norteamericanas, diciendo que es “una afrenta que un estadounidense tenga que vivir sin esperanzas”. El criterio útil empleado ha sido el de que son compatriotas, uno de Los Nuestros, frente a un criterio metafísico que sería decir que es una afrenta que un hombre viva así. Su posición es que hay que ir conquistando cada vez más cotas de solidaridad, que cada vez entren más hombres en el paraíso de Los Nuestros, pero el punto de partida es esta distinción tajante. A nuestro entender, la suya es una posición óptica que no va tras la verdad de la cosa sino de lo que conviene. Evidentemente no pretendemos resolver de entrada estas difíciles cuestiones, pero sí mostrar lo inquietante de la propuesta rortyana. Y si la hemos traído aquí es porque esa perspectiva etnocéntrica, que distingue entre los hombres, que los separa en dos bandos —Los Nuestros y Ellos— se parece bastante al modo como se entiende en muchos sectores de la vida social la relación con el Otro: Otro hombre, Otra cultura. El peligro que vemos en tal posición es que, pensando así, se puede entrar en el ámbito que propicia defender a Los Nuestros, aunque sean unos indeseables, pero son de Los Nuestros. Es un criterio que tiene trazas de mafioso, y que desde luego abre un abismo entre los hombres, abismo

---

<sup>8</sup> Rorty, R., *Contingencia, ironía y solidaridad*, Barcelona, Paidós, 1996<sup>2</sup>. Cfr. pp. 208ss.

que no favorece en nada la praxis dialógica, la relación inter-cultural, la hermandad deseable entre todos. Es en definitiva un reduccionismo y un relativismo feroz, como propugna Rorty en nombre de una contingencia mal entendida. El ser humano tiene unos derechos fundamentales por ser hombre, no por ser estadounidense, siguiendo el ejemplo rortyano.

5. Porque Nosotros no expresa ninguna abstracción, sino todos y cada uno, el primer paso para poder alcanzar esa unidad es el reconocimiento del Otro como tal, en el encuentro efectivo y cotidiano. En este encuentro, Gadamer ha destacado la prioridad del diálogo, una de cuyas dimensiones fundamentales es comprender que el Otro puede tener razón. Éste es un hecho fundamental que forma toda nuestra experiencia humana, dice Gadamer. Tenemos que aprender a respetar al Otro y a lo Otro; o, lo que es lo mismo, tenemos que aprender a no tener razón. Tenemos que aprender a perder en el juego<sup>9</sup>. Aprender a no tener razón, a perder en el juego que significa la praxis humana, quizás sea una de las primeras condiciones que habría que establecer para una relación entre iguales. Y no es cualquier juego el de la relación con el Otro, es decir, Otro hombre, Otra cultura. Es un juego en el que nos jugamos mucho. En último extremo nos jugamos la supervivencia como humanidad (Gadamer), pero antes que esa última posibilidad llegara nos estamos jugando vivir como hombres (la bestialización que denunciaba Steiner), o Habitar humanamente el mundo, según la categoría de Heidegger; en definitiva, que el mundo sea un hogar para todos.

Entre un diálogo logrado y el choque inter-cultural hay todo un abanico de posibilidades, pero no olvidemos que el juego de la relación con el Otro, como todo juego, tiene unas reglas internas que no dependen de nada exterior. En este punto pensamos que la confianza implícita en el Otro y, recíprocamente, su sinceridad al mostrarse como sí-mismo, son reglas del ámbito del *ethos* en su doble vertiente de moral y de morada que deberían presidir la relación con el Otro: Otro hombre, Otra cultura. Son las reglas que presiden (al menos idealmente) las relaciones en los hogares. En nuestra casa, con nuestra familia, convivimos desde la confianza en/de nuestros

---

<sup>9</sup> Cfr. *La herencia de Europa*, p. 37.

hijos, en/de nuestros padres, y también contamos con que ellos se nos van a mostrar tal como son, lo mismo que hacemos nosotros. Presidida por estas reglas de juego, una casa puede ser un hogar. Por ello, si presiden la relación inter-cultural, quizás también el mundo pueda ser un hogar, de ahí que veamos importante la propuesta gadameriana, antes citada, de aprender a no tener razón y a perder en el juego, pues ello implica algo fundamental en la experiencia dialógica: oír al Otro, escucharlo, y ponernos en su lugar.

Para terminar, si trasladamos a la cuestión de la inter-culturalidad los tres elementos gadamerianos analizados —diálogo, fusión de horizontes y la transformación del hombre gracias a la interpretación común del problema—, tenemos que con la fusión de horizontes, basada en el concepto de horizonte husserliano que Gadamer interpreta no como “una frontera rígida sino algo que se desplaza con uno y que invita a seguir entrando en él”<sup>10</sup>, dicha fusión, decimos, se delinea como un diálogo sin fronteras, y también como un fenómeno de ósmosis, de mestizaje de culturas. Y es que las culturas son normalmente porosas, capaces de contaminarse de otras, de asimilarlas. Por ello, en lugar de destacar lo que las diferencia mostrándolas como inconmensurables, habría que ir a posiciones de convergencia apoyadas en elementos fundamentales comunes o valores, tales como: Principio de justicia, Derechos Humanos, eliminación de la explotación infantil, de los niños soldado, etc., unas posiciones que estén a la base del diálogo inter-cultural y que puedan hacer posible la deseable interpretación común del mundo de la que hemos partido. Ella sería a nuestro entender el primer paso, no diremos para lograrlo (porque eso suena demasiado optimista, y el problema es muy grave) pero sí para iniciar un camino que pueda convertir a nuestro dolorido mundo en un hogar para Nosotros (todos).

---

<sup>10</sup> Gadamer, H. G., *Verdad y Método I*, Salamanca, Sígueme, 1999<sup>8</sup>. Cfr. p. 309.

